

LAS GAFAS

Tengo gafas para ver verdades. Como no tengo costumbre, no las uso nunca. Solo una vez... Mi mujer dormía a mi lado. Puestas las gafas, la miré'. La calavera del esqueleto que yacía debajo de las sábanas roncaba a mi lado, junto a mí. El hueso redondo sobre la almohada tenía los cabellos de mi mujer, con los rulos de mi mujer. Los dientes descarnados que mordían el aire a cada ronquido tenían la prótesis de platino de mi mujer. Acaricié los cabellos y palpé el hueso procurando no entrar en las cuencas de los ojos: no cabía duda, aquello era mi mujer. Dejé las gafas, me levanté, y estuve paseando hasta que el sueño me rindió y me volvió a la cama. Desde entonces, pienso mucho en las cosas de la vida y de la muerte. Amo a mi mujer, pero si fuera más joven me metería a monje.

Matías Macías Mejías.

A ENREDAR LOS CUENTOS

Érase una vez una niña que se llamaba Caperucita Amarilla.

- ¡No, Roja!
- ¡Ah!, sí, Caperucita Roja. Su mamá la llamó y le dijo: “Escucha, Caperucita Verde...”
- ¡Qué no, Roja!
- ¡Ah!, sí, Roja. “Ve a casa de tía Diomira a llevarle esta piel de patata”.
- No: “Ve a casa de la abuelita a llevarle este pastel”.
- Bien. La niña se fue al bosque y se encontró a una jirafa.
- ¡Qué lío! Se encontró al lobo, no a una jirafa.
- Y el lobo le preguntó: “¿Cuánto es seis por ocho?”.
- ¡Qué va! El lobo le preguntó: “¿Adónde vas?”.
- Tienes razón. Y Caperucita Negra respondió...
- ¡Era Caperucita Roja, ¡Roja, Roja!
- Sí, y respondió: “Voy al mercado a comprar salsa de tomate”.
- ¡Qué va!: “Voy a casa de la abuelita, que está enferma, pero no recuerdo el camino”.
- Exacto. Y el caballo dijo...
- ¿Qué caballo? Era un lobo.
- Seguro. Y dijo: “Toma el tranvía número setenta y cinco, baja en la plaza de la Catedral, tuerce a la derecha, y encontrarás tres peldaños y una moneda en el suelo; deja los tres peldaños, recoge la moneda y cómprate un chicle”.
- Tú no sabes explicar cuentos en absoluto, abuelo. Los enredas todos. Pero no importa, ¿me compras un chicle?
- Bueno: toma la moneda.

Y el abuelo siguió leyendo el periódico.

Tomado de: Rodari, Gianni. (2002). Cuentos por teléfono. Barcelona: Editorial Juventud.

LA GUERRA DE LOS CUERVOS Y DE LOS BÚHOS

(Fragmento)

Este era un viejo y adinerado solterón a quién en las noches la soledad mordía con sus frías dentelladas. Era un ricachón simpático y buena gente, pero los años lo habían cambiado, había perdido todos los dientes, tenía la espalda jorobada, como de dromedario y estaba más arrugado que una cordillera. Como tenía una cuantiosa fortuna decidió recuperar con oro lo que el tiempo le había robado y se casó con una joven hermosa cuyo padre, aquí entre nos, estaba podrido de deudas. La joven, aterrada por la fealdad de su marido, no le daba ni la hora, ni los buenos días y huía de él como la peste. Las noches se volvieron eternas y la cama terminó haciéndose inmensa y desolada. El viejo sentía que “moría de sed junto a la fuente”.

Una noche, de repente, sin más ni más, la muchacha se volteó, se acercó, abrazó y apretó contra el viejo quien, asombrado y erizado de los pies a la cabeza, se preguntaba por qué así, de buenas a primeras, su mujer lo abrazaba. Mirando con atención descubrió en la oscuridad del cuarto la silueta de un ladrón que entraba por la ventana y viendo que entre más se acercaba el ladrón más lo abrazaba su mujer dijo en voz muy baja:

-Aquí al lado de mi cama está mi dinero; Tómalo y regresa mañana. Ella, que siempre tiene miedo de mí, hoy lo ha tenido de ti y me ha abrazado.

La primera reacción del ladrón fue escapar, pero al oír las razones del viejo, le contestó:

-Si mañana dejas algo más que pueda llevarme volveré.

Y así el viejo estableció un pacto con el ladón que hizo menos triste y solitarias sus noches.

Nicolás Buenaventura, cuándo el hombre es su palabra, Bogotá, Editorial Norma, Colección Milenio, 1999.pág 63.

EL TROL QUE CONSTRUYÓ UNA IGLESIA.

En la catedral de Trondheim es una de las más bellas de la cristiandad, y antiguamente tenía una torre tan alta como el cielo. La construcción de la propia iglesia fue una labor digna de San Olav, pero colocar una torre sobre ella estaba más allá de sus capacidades. San Olav prometió el sol a quien construyera una torre.

Dado que ningún hombre se atrevió a hacerlo, un trol que vivía en el acantilado Hadle se ofreció a realizar el trabajo, a cambio de recibir lo prometido por San Olav. Aparte, el trol añadió otra condición, la de que San Olav no debía dirigirse a él por su nombre, teniendo en cuenta que él podría arreglárselas para saber quién era. A partir de ese momento, San Olav se encontró en un aprieto por la promesa hecha e intentó buscar alguna pista para conocer el nombre del trol. Así, en una ocasión, salió a navegar a medianoche a lo largo del acantilado Hadle y llegó al lugar que aún se conoce como “La Vieja”, donde para su sorpresa oyó a un niño llorar dentro de la roca y a su madre tratando de apaciguarlo con la promesa de que le daría “el oro del cielo o sea el sol, cuando Tvaester volviera a casa”. Alborozado, San Olav regreso a la ciudad en el último instante, ya que la torre hendía orgullosa el aire y el trol estaba fijando la última borlita dorada en la veleta. Entonces, San Olav gritó: “¡Tvaester, has puesto la veleta demasiado hacia el oeste!”. En el mismo instante en que el trol oyó su nombre, cayó muerto.

Leyendas vikingas.